

Hambre ciega,

De Margarita Reiz

Escena I

Dos niños de nueve y diez años recorren el espacio escénico vacío con sus bicicletas, riendo. Los vemos a intervalos de luz. Sus risas se oyen por encima de un cóctel de ruidos. Los que corresponden a una gran ciudad colapsada, absurda y loca: Manifestaciones, discursos, noticias, conversaciones, sirenas, bocinas, arengas de pobres... El ruido sube de tono por unos instantes. Llegado al cenit se para por completo. Oímos las risas de los niños nada más, mientras éstos se pierden en la oscuridad.

Escena II

Estallido de bombas. Ráfagas de metrallera.

Escena III

Un día de guerra al atardecer. Es invierno. El sol se pone, tiñendo el cielo de sangre. Se oye el viento. Disparos y estallidos. Un camino. Paisaje desolado. Al fondo una ciudad en ruinas. En una trinchera se camufla un garito construido con plástico y lonas. Una muchacha de dieciséis años, EVA, va y viene. Vestida con un uniforme escolar raquítico y unos calcetines blancos, sin zapatos. Lleva una mochila a la espalda y dos banderas rotas: una gris, la otra verde. EVA camina y canta una melancólica canción de cuna. Tiene

miedo, hambre y frío. De vez en cuando se asusta y una sonrisa rompe de lado a lado su cara. Adopta pose de inocencia, coloca temblorosa los mechones desgreñados de su pelo. Levanta una u otra bandera. Duda. Después, al comprobar que no pasa nada, cede la tensión y queda como una muñeca rota, con la sonrisa helada en los labios. Tira las banderas al suelo y las pisotea con rabia.

EVA: Tendré que buscar otro lugar para vivir si no quiero morirme de hambre.

Recoge algunas raíces. De su mochila extrae un mendrugo de pan verdosos. Hace dos partes y guarda una de ellas en un bolsillo del uniforme. Come con exquisita pulcritud como si se tratase de los manjares más deliciosos. Se seca una lágrima con la dignidad de una reina.

Por el fondo de la carretera aparece un muchacho con un uniforme militar hecho jirones. Tiene diecisiete años. Cojea de una pierna. Arrastra una desvencijada bicicleta. Una gran bolsa militar cuelga de su hombro, junto con su saco de dormir. Cuchillo de campo, pistola, cacillo, cantimplora a la cintura, una manta y algunos trastos más hacen casi cómico su penoso avanzar.

Al verle, EVA descompone su actitud majestuosa, adopta la sonrisa, la pose de inocencia y selecciona la bandera, cuyo color coincide con el del uniforme del soldado. Se esconde.

El SOLDADO intenta acoplar algunas cosas sobre la bicicleta. Marcha torpemente hacia donde se encuentra EVA. Ésta se asoma con sigilo, enseña

su bandera. Él, sorprendido, asustado, pierde el equilibrio y rueda por el suelo junto con sus cosas. Rápidamente saca la pistola.

SOLDADO: ¡Quieta o te mato!

Eva queda paralizada con la bandera en ristre.

EVA: ¡No, por favor!

El muchacho se arrastra por el suelo hasta irse acercando a ella, sin dejar de apuntar con el arma a su cabeza. Reúne a su alrededor las cosas esparcidas por el suelo.

SOLDADO: ¡No te muevas! ¡No te atrevas a mover ni un solo músculo!

EVA: Por favor, no me hagas daño.

SOLDADO: Al menor movimiento te vuelo la cabeza. Hoy por hoy un muerto más no va a revolverme el estómago.

Al SOLDADO le traiciona un ligero temblor en la voz. Las rodillas de EVA se tambalean mientras agita su banderita y estira pudorosa su pequeño uniforme.

EVA: Soy inofensiva.

SOLDADO: No tengo intención de hacerte ningún daño.

El joven deja caer el brazo armado a lo largo de su cuerpo. La muchacha recoge su mochila con precaución y hace intención de marcharse. El SOLDADO apunta de nuevo a su cabeza con la pistola.

SOLDADO: ¡He dicho que no te muevas! ¡Suelta esa mochila ahora mismo!

EVA grita y suelta la mochila. Él carraspea e intenta hablar con autoridad.

SOLDADO: Soy un soldado y estamos en guerra, tal como están las cosas cualquiera puede ser el enemigo, incluso tú a pesar de tu aspecto. No creas que vas a engañarme tan fácilmente. Estate quieta y no te pasará nada.

EVA: No te pongas nervioso. Perdona, sólo cogí la mochila para enseñarte tonterías que llevo dentro: fotos, recuerdos. Pero si no te apetece lo dejamos, no pasa nada.

SOLDADO: No te pases de lista conmigo. Ibas a marcharte, o vete a saber, ¿cómo sé yo que no llevas un arma en esa mochila? No intentes engañarme, estoy harto de mentiras, no las soporto.

EVA agita su bandera con mucho tiento y riendo tontamente.

EVA: Pero no ves que somos del mismo bando. Pareces tan cansado que, a lo mejor, te apetece descansar un rato aquí, incluso pasar la noche.

SOLDADO: ¿Crees que voy a confiar en ti con esa pinta que tienes? Podrías esperar a que me durmiera para quitármelo todo, o para denunciarme. Hasta podrías matarme.

EVA: Bueno, pues si no te fías de mí no sueltes esa pistola. Pero el resto de los trastos puedes dejarlos y descansar. Esa vieja bicicleta, por ejemplo, casi no rueda, no creo que te sirva para gran cosa.

SOLDADO: A ti no te importa por qué la llevo conmigo, tengo mis razones.

EVA: ¿Es tuya?

SOLDADO: Sí.

EVA: No sabía yo que en el frente los soldados la usaran.

SOLDADO: ¿Pretendes burlarte de mí? ¿Crees acaso que soy imbécil? Acabo de encontrarla entre los escombros de un edificio en ruinas.

EVA: Sólo siento curiosidad. Eres el soldado más extraño que he visto hasta ahora. Además, a mí también me gusta esa bicicleta inservible, con esa bocina de colores. Aunque sigo sin encontrarle una relación contigo, o con tu uniforme.

SOLDADO: Ya te he dicho que no es de tu incumbencia. Y si te parezco extraño es porque tú no te has mirado. ¿Puede saberse por qué llevas un disfraz de colegiala?

EVA: Se lo quité a una niña que ya no lo necesitaba. Los muertos no tienen frío, yo sí, y no tenía nada que ponerme. Me queda un poco justo y algo corto, ¿verdad? Eso, a veces, me ha ayudado a comer. Lástima que los zapatos me fue imposible ponérmelos.

SOLDADO: Así que eres una puta.

EVA: ¡No soy una puta! No sé por qué te gusta ponerte desagradable. Sólo tengo hambre. Quizá tú lleves comida y podamos compartirla...

SOLDADO: Que graciosa eres. Yo tengo tanta hambre como tú, eso es lo que tengo, aunque tal vez lo que quieres es engañarme y tienes algo ahí dentro...

Al decir eso el soldado hace intención de coger la mochila de ella. EVA se tira como una fiera a defenderla, empujándole. Antes de que él reaccione le atiza con el mástil de la bandera y la pistola rueda por el suelo. Pelean agresivamente con las manos, con las uñas y los dientes. EVA consigue coger una piedra y darle con ella en la cabeza. Intenta huir a continuación. Engancha al paso su mochila, la bolsa militar de él, la manta...El chico, bastante mareado, busca la pistola a gatas. Cuando la tiene grita.

SOLDADO: ¡Quietaaaaaa!

EVA: *(Parándose en seco)* Siento haberte golpeado, perdona pero...

SOLDADO: ¡Cállate estúpida! ¿Tienes ganas de morir?

EVA: *(Silencio)*

SOLDADO: Me vas a obligar a matarte. ¿Eso es lo que quieres?

EVA: Yo no tengo nada. No te he hecho nada.

SOLDADO: ¿A no?, y casi me rompes la cabeza. Quiero ver lo que hay en esa mochila ahora mismo.

EVA se acerca y le entrega la mochila, el resto de las cosas las deja en el suelo. La bicicleta desvencijada está a su lado. Hace sonar la bocina distraídamente. El SOLDADO comienza a buscar dentro de la mochila.

EVA: No tengo nada dentro, sólo recuerdos, ya te lo dije.

SOLDADO: Quiero comida. Después me iré.

EVA: Pues puedes irte ya, porque no tengo comida.

SOLDADO: Eso lo veremos. No hay que fiarse de nadie.

EVA: Estás obsesionado.

SOLDADO: ¡Fíate del diablo y no corras!

EVA: ¿Cómo?

SOLDADO: ¡Que te fíes del demonio colorao y te pondrá el culo chamuscao!

EVA: ¡Repítelo, por favor! ¡Dilo otra vez!

SOLDADO: Es una bobada que yo decía antes. No sé por qué lo he dicho ahora, lo tenía olvidado.

EVA: Por favor...

SOLDADO: Tú sí que estás obsesionada, ¡déjame en paz!

EVA hace sonar la bocina de la bicicleta de nuevo, sigue de espaldas y sentada en el suelo. Repite el tic de atusarse los mechones del pelo.

EVA: ¿A qué has venido? ¿Qué buscas aquí?

SOLDADO: Buscaba mi casa, a mi familia...

EVA: ¿Vivías en esta ciudad?

SOLDADO: Vivía.

EVA: Yo también.

SOLDADO: Me parece estupendo, pero no me importa.

EVA: Tuve que marcharme hace siete años porque a mi padre le trasladaron. Era diplomático. La guerra, por circunstancias absurdas, me devolvió aquí hace aproximadamente un año.

EVA sigue tocando la bicicleta y hace sonar la bocina otra vez. El muchacho sigue revolviendo en la mochila, que está llena de objetos extraños e inservibles.

SOLDADO: ¡Vaya, llegó la hora de las confidencias!

EVA: Si eres un soldado, ¿cómo es que no estás en el frente?

SOLDADO: Que tú estés charlatana no quiere decir que yo vaya a responder a todas tus preguntas.

EVA: ¿Desertaste?

SOLDADO: Te estás pasando con el interrogatorio y vas a terminar cabreándome otra vez.

EVA: ¿Por qué no dejas esa pistola?, conmigo no te hace falta.

SOLDADO: ¿Y estas tijeras qué?

EVA: Las tienes tú, no yo.

SOLDADO: Ya, pero estaban en tu mochila.

EVA: Nunca las hubiera usado contigo, y menos ahora. Las utilizo como herramienta, para conseguir raíces para comer.

SOLDADO: Pues bien que usaste la piedra.

EVA: No me gusta que estés hurgando en mis cosas, ¡son más! Es lo único que he podido conservar.

SOLDADO: Pero si aquí dentro no hay nada útil. Sólo hay trastos.

EVA: Para mí son muy importantes, así que deja de manosearlas y devuélvemelas ya.

El SOLDADO extrae en ese momento un sobre cuarteado y roto del interior de la mochila. Lo abre y saca unas fotos viejas que comienza a mirar.

SOLDADO: ¡Madre mía, hasta las fotos de cuando eras un bebé! ¡Qué estupidez! La vida ha cambiado mucho desde entonces preciosa, ¿no lo has notado?

EVA: ¡Eres un imbécil, siempre lo has sido! ¿De qué te burlas tú? Viajas con los recuerdos a cuestas como yo, ¿o vas a decirme que esta mierda de bicicleta te es de mucha utilidad?

EVA hace sonar la bocina de nuevo.

SOLDADO: ¡Déjala ahora mismo! Y no te pongas chula conmigo porque te puedes arrepentir.

EVA: Ya te he dicho que esa pistola no te hace falta, ¿por qué no dejamos de jugar a los héroes?

SOLDADO: La dejo, pero que yo te vea las manos todo el tiempo.

EVA: No tengo armas. Por eso sigo viva.

El SOLDADO hace un gesto de indiferencia y sigue mirando las fotos que sacó del sobre anteriormente.

SOLDADO: ¡Dios, la Torre Ovalada! ¡No puede ser! Y este horror enano que saca la lengua, ¿eres tú?

EVA: ¡Qué gracioso!

SOLDADO: ¡Es genial! Me parece mentira ver lo que veo. ¡Es fantástico!

EVA: Sigues igual de loco.

SOLDADO: Que hayamos vivido en la misma ciudad no te da derecho a hablar de mí con esas confianzas, como si me conocieras de algo.

EVA: Claro. ¿Sabes?, yo tenía una bicicleta parecida a esa tuya. Le puse una bocina igual. Bueno, ¡mucho más bonita! Me gasté los ahorros de dos semanas, pero tenía que ser la más bonita. Me la instaló un amigo mío.

SOLDADO: Con esa bicicleta sólo me ha faltado dormir. No puede haber otra mejor.

EVA: ¡Tonterías!

SOLDADO: ¿Tonterías?

EVA: Eso es lo que tú dices. Al menos hace un momento te burlabas de mí por eso...

SOLDADO: ¡Maldita sea! ¡Es lo único que he encontrado de mi casa y de mi familia!

Pausa.

EVA: ¿En el callejón del Toro...?

SOLDADO: ¿Qué?

EVA: ¿Tú vivías en el pasaje del Toro número uno, en los bajos?

Pausa.

SOLDADO: Viví allí, sí. No sé cómo te has enterado, pero no creas que me voy a dejar engatusar con esas patrañas.

EVA: ¿Para qué iba a engañarte si no tienes nada de valor? ¡Deja ya de darle vueltas a eso del engaño, pareces un disco rayado! ¡Que manía tienes con ese tema!

SOLDADO: No tengo nada de valor, no. Sin embargo hace un momento bien que querías robármelo, ¡lista, que te crees muy lista!

EVA: Y tú te debes de creer muy tonto.

SOLDADO: ¡Te estás pasando otra vez y me queda poca paciencia!

EVA: Tú ibas a recorrer con esa bicicleta todos los días "El Capricho", que es el parque más bonito del mundo.

SOLDADO: "El Capricho" es ahora un enorme cementerio.

Pausa.

SOLDADO: ¿De qué me conoces? Yo, por más que te miro, no sé quién eres.

EVA, divertida, imita a unos niños y sus voces.

EVA: "-¿A las cuatro en la Plaza Mayor?"

-Sí, Pablo, hasta luego.

-Hasta luego, Iván."

Impresionado el muchacho carraspea para poder hablar.

SOLDADO: Iván fue mi mejor amigo cuando era un niño, pero tuvo que irse porque a su padre le mandaron al extranjero. Nos escribimos durante un tiempo. Luego llegó la guerra.

Ella se acerca a él y busca en las fotos que están en sus manos, una en concreto. Se la enseña y vuelve a alejarse. El SOLDADO no deja de mirarla a ella y de mirar a continuación la foto. Se emociona mirando esa foto.

EVA: Soy Eva, pero fui tu amigo Iván durante un verano maravilloso. Hace tanto tiempo que me hace daño recordarlo. Juntos, recorríamos "El Capricho" muchas tardes, sudando sobre nuestras bicicletas.

SOLDADO: Pero, ¡eras un chico! No puede ser...

EVA: Era muchas cosas que ya no soy.

SOLDADO: No puedes ser la misma persona.

EVA: Soy Eva y tú eres Pablo. Has cambiado mucho. Pero tus ojos, aunque ahora más tristes, son los mismos de siempre. Y las tonterías que haces y dices, también.

PABLO: Tú sí que estás cambiada...

EVA: Más de lo que parece.

Pausa. PABLO no puede dejar de mirar a EVA, de arriba a abajo. Ella sonríe complacida y un poco coqueta. Él recoge del suelo su saco de dormir y se lo tiende.

PABLO: Toma, veo que no tienes con que abrigarte por la noche.

EVA lo coge y busca en el bolsillo de su uniforme, extrae el trozo de pan verde que guardó al principio y se lo tira.

EVA: Si masticas muy despacio con este pedazo de pan mohoso si que engañarás al estómago..., un rato. Mañana buscaremos más, ¿de acuerdo?

PABLO: Sí, mañana.

PABLO devora el mendrugo de pan sin perder de vista, embobado, los movimientos de EVA. Ella le sonríe y recoge raíces, sacándolas con sus tijeras, para dárselas a él.

EVA: Creo que en el fondo me gustabas. Aunque lo que yo quería realmente era seguir jugando contigo, como un chico, siempre.

PABLO: Por eso, al poco tiempo de irte, no querías mandarme fotos... Y luego, cuando por fin mis padres me dejaron ir a pasar unos días contigo, dijiste que estabas enfermo... Bueno, enferma. Pocos días después empezaron los bombardeos y todo acabó...

EVA: No quería que me vieras, con mis catorce años ya no me era posible camuflarme más. Y como chica me encontraba incómoda, ¡horrorosa!

PABLO: ¡Eres guapísima!

EVA: No digas tonterías.

Pausa.

EVA: ¿Por qué te hiciste soldado?

PABLO: La verdad es que no lo sé. Supongo que creí que así acabaría todo antes. Me alisté voluntario a los dos años de comenzar la guerra. Me estaba volviendo loco de esperar y ver morir a la gente alrededor.

EVA: ¿Qué vamos a hacer ahora?

PABLO: No podemos hacer nada. Sólo esperar.

EVA: ¿Juntos?

PABLO: Si tú quieres...

EVA: Sí, quiero.

La noche ha ido llegando, llenándolo todo de oscuridad.

Escena IV

Una luna inmensa inunda la escena. Se oyen aullidos inquietantes en la noche. EVA y PABLO duermen abrazados. La respiración de ella es irregular, gime y se agita intranquila. Por el fondo avanza una figura con túnica blanca, corriendo hacia ellos como a cámara lenta. Al llegar a su altura levanta los brazos al cielo y cae fulminada. Se arrastra por el suelo hasta desaparecer por el otro lado. Unas niñas, vestidas con uniforme de colegio y calcetines blancos, llegan riendo y, cantando unas coplas, juegan al corro.

NIÑA PRIMERA: Bajo el azul-azul

sobre la tierra fría,

verde luna.

NIÑA SEGUNDA: En sus pechos de tul

lobos la loba cría

dulce cuna.

NIÑA TERCERA: Luz de peces perdidos
bronce de tambor seco,
niños muertos.

NIÑA CUARTA: Pan de ojos dormidos,
grita la voz del eco
campos yertos.

NIÑA QUINTA: Bajo el azul-azul
sobre la tierra fría
verde luna.

NIÑA SEXTA: En sus pechos de tul
lobos la loba cría
dulce cuna.

NIÑA SÉPTIMA: Caballos desbocados
como espada de fuego,
sangre viva.

NIÑA OCTAVA: Corazones tronchados
llama de un sol ciego,
flor furtiva.

NIÑA NOVENA: Bajo el azul-azul
sobre la tierra fría
verde luna.

Un trueno interrumpe la canción, las niñas huyen en direcciones opuestas, tapándose los oídos con las manos. Gritan formando un coro disonante.

EVA se despierta sobresaltada. Se incorpora mirando a todas partes. Al ver a PABLO a su lado se tranquiliza. Le acaricia la frente. Le besa en los labios. desnuda el pecho del joven, después el suyo; se tiende a su lado abrazándolo. Él gime complacido. Ella se introduce dentro de la manta. PABLO jadea de placer. La luna se esconde tras una nube.

Escena V

De nuevo la luna inmensa inunda la escena y se oyen los aullidos inquietantes. EVA duerme con la cabeza sobre el pecho de PABLO. Éste, convulso, reprime su desasosiego en duermevela. Por el fondo, unos hombres vestidos de uniforme arrastran un cuerpo hacia una hoguera. Entonan al hacerlo, como si fuera una melodía, una lúgubre retahíla de palabras.

HOMBRES: Guardián, guerra, guadaña, gusano, guerrero, guirnalda.

Diente, disfraz, dios, diablo, dragón.

Cuervo, cuchillo, cruz, ciprés.

Rueca, rayo, rueda.

Sangre, sarcófago, sacrificio.

Sangre, sarcófago, sacrificio.

Sangre, sarcófago, sacrificio.

Dejan al hombre sobre una piedra junto a la hoguera. Danzan a su alrededor y restallan con sus látigos el suelo. El hombre manotea y gesticula como si fuera un muñeco de cuerda. Sobreviene una tormenta que apaga la

hoguera. Ráfagas de metrallera. Estalla una bomba. Desaparecen. PABLO salta en el lecho. Sentado y sudando mira a EVA, dormida a su lado. Está febril y le duele la pierna herida. Acaricia los pechos de la joven e intenta descubrirlos. Ella le rechaza sin despertarse, se gira y sigue durmiendo. La besa en el pelo y se tiende abrazado a ella. Otra nube apaga la luna.

Escena VI

Amanece. A lo lejos del camino se acerca un hombre montado en una moto que remolca un pequeño carro de hierro lleno de periódicos y octavillas. Cuando llega a la altura donde duermen EVA y PABLO les tira algún periódico y varias octavillas, que vuelan por el aire hasta posarse en el suelo.

MENSAJERO: ¡Arriba! ¡Despertad! ¡La guerra ha terminado! ¡Arriba! Hay mucho que hacer ahora. La patria nos necesita a todos. ¡Volved a la ciudad, la guerra ha terminado!

EVA: *(Levantándose)* ¿Qué dice...? ¿La guerra ha terminado? ¡Espere!

MENDIGO: Eso he dicho.

EVA: ¿Tiene comida para darnos? ¡Espere, por favor!

MENDIGO: No sé nada más que lo que he dicho. Las órdenes son volver a la ciudad.

EVA: ¿Por qué?

MENDIGO: No lo sé. Yo sólo cumplo órdenes. Quizá sea peligroso permanecer en lugares aislados en momentos de confusión como éste. Se distribuye la información lo más rápido posible, pero no todos están

enterados de los acontecimientos, todavía hay mucha gente desinformada. Luchando. Incluso los hay que lo hacen por motivos personales. ¡Es peligroso quedarse ahí! Hay que volver a la ciudad...

EVA: ¿Peligroso? ¡Hace tiempo que todo es peligroso! Espere, por favor, queremos entender...

El MENSAJERO/CORRESPONSAL se ha ido sin responder. EVA lee uno de los panfletos que hay repartidos por el suelo. Coge uno de los periódicos, lo hojea. Mira a PABLO y hace intención de despertarle contenta. Recoge octavillas y lee. Se extraña. Comienza a oírse su voz en un susurro, como tratando de entender, o de convencerse, de lo que allí dice. PABLO se incorpora pálido y febril, pero tiene que dejarse caer mareado.

EVA: "Amigos": ¿Amigos? Vale, como quieran. "Amigos: la guerra ha terminado. Podéis volver a vuestras casas y reanudar sin miedo vuestras vidas."

EVA sonríe burlona.

EVA: ¿Sin miedo...? ¿Nuestra vidas...? *(Ríe)* ¿Volver a qué casas? *(Sigue riendo)*. Reconstruiremos este país destrozado. ¡Este país nuestro, de todos!" *(Ríe a carcajadas, con una risa histérica que no puede controlar)*.

Cuando consigue calmarse. Hace una larga pausa y carraspea, sorprendida, para continuar leyendo...

EVA: "Juntos debemos hacer, ahora, que la vida vuelva a correr por sus calles y campos. Ningún esfuerzo será demasiado. Ningún brazo sano debe quedar quieto. Necesitamos la ayuda y la alegría de vuestro corazón para este nuevo y último sacrificio. Todo será por el bien común. ¡Ánimo!"

EVA queda pensativa y repite al azar algunas de las palabras leídas y vuelve a reír histéricamente. Como jugando coge otra octavilla, la mira, la tira al aire, se entretiene en ver como aterriza y palmotea saltando con una niña tonta... Lo hace de nuevo. Se detiene en una y sigue leyendo.

EVA: "Compañeros: la ciudad os espera para el trabajo. Nuestro gobierno ha firmado una paz ventajosa para todos. No habrá más bombardeos. Ahora os pedimos colaboración. Después de estos años de guerra, de nuevo podemos respirar tranquilos y pensar en la reconstrucción de las ciudades y los pueblos. ¡Os esperamos!"

De repente, EVA, se queda muy seria y pensativa durante un rato, sin apartar la vista de la octavilla, como releendo lo leído con mucha atención.

EVA: ¡Mierda! ¿Qué me están contando? No comprendo nada. He soñado con este momento hasta despierta. Lo he deseado con desesperación. He imaginado como sería minuciosamente. Todo lo soportaba gracias a ese mañana que pensaba que algún día llegaría. Y ahora..., ¡no sé de qué me hablan! No entiendo qué dicen ni lo que me piden. No veo claro lo que quieren. ¿Qué me está pasando...? ¿Qué va a pasar ahora...?

EVA rompe con rabia la octavilla, en pedazos muy pequeños. Y luego otra minuciosamente y después las rompe a montones, cada vez más alterada.

EVA: ¿Quién empezó y por qué? ¿Quiénes son mis compañeros? ¿Quiénes mis amigos? ¡Ni siquiera he llegado a saber quienes eran los malos o los buenos para mí! ¿Por qué me llaman ahora? ¿Qué quieren? ¿Qué más necesitan de mí? ¡Yo no soy nadie! ¡Mi vida no vale nada!

También arremete contra los periódicos, según hojea sus páginas las arranca y destroza con una ira cada más incontrolable.

EVA: ¿Una paz ventajosa? ¿Qué quieren decir con eso? ¿Por qué no hablan de comida? ¡Han pasado cien años! ¡Soy cien años más vieja y sólo tengo hambre! ¡Cada vez más hambre! Ya comprobé hace tiempo que las palabras y los acuerdos no son de este mundo. ¡Por Dios, mi padre era diplomático y lo hicieron desaparecer sin contemplaciones! Era un hombre bueno que no le había hecho mal a nadie... *(Llorando)* Y a mi madre ni siquiera le dieron la ocasión de explicarse...

EVA patea los pedazos de papel, pisotea las octavillas entre gritos y sonidos guturales. Recoge a puñados del suelo panfletos y periódicos y los lanza enloquecida mientras intenta articular, palabra con una voz cada vez más irreconocible.

EVA: ¿Por qué tengo que irme ahora de aquí? ¡Ésta es mi única casa! ¿Cómo vamos a correr peligro si ha vuelto la paz? Todo empezó hace mucho tiempo, de repente, estalló en nuestras vidas como una bomba de relojería, ¡a lo bestia! Entonces tampoco entendí, pero la explosión me deformó la cara.

EVA de repente se serena. Se obliga a sí misma a recobrar la calma y la cordura. Recoge su mochila y se sienta con ella en el regazo. Saca las tijeras del interior. Corta un mechón de su cabello muy corto mientras sigue hablando.

EVA: Voy a prepararme para regresar. En esos papeles dice que tengo que dar la alegría de mi corazón para este último sacrificio. Bien, no pasa nada, así lo haré. Les daré toda la alegría que no tengo. La que me arrancaron de cuajo de la cara y el corazón y volveré sin alma... No sé por qué me he alterado tanto, al fin y al cabo la guerra ha terminado, todo va a arreglarse y volverá a ser como siempre... ¡Pablo, despierta, tenemos que hacer!

EVA corta como enajenada mechón a mechón su pelo, lo tira al aire y sonríe mirándolo caer.

EVA: Realmente estoy contenta, claro, tengo todos los motivos del mundo para estarlo. Aunque siempre pensé que sería diferente, que un millón de sensaciones maravillosas correrían por mis tripas, que pensaría en un futuro, en el amor, que dejaría de sentir frío, que la angustia se

desvanecería, que el hambre no me devoraría por dentro, que... ¡No importa, ya llegará! Quizás sólo es que estoy demasiado sorprendida, cansada, harta, aterrada... ¡Pablo, yo me estoy preparando para partir! ¿Tú, que piensas hacer?

PABLO se incorpora asustado. El gesto brusco de levantarse le recuerda el profundo dolor que le produce su pierna herida. Está sin fuerzas y es evidente que tiene mucha fiebre. EVA sigue cortando mechones de su pelo. Al darse cuenta de ello PABLO, torpemente, trata de impedirselo.

PABLO; ¿Te has vuelto loca? ¿Qué haces con tu pelo?

EVA: De pequeña siempre llevaba el pelo corto. Tú lo sabes bien.

PABLO: ¡Vamos, dame esas tijeras!

EVA: No.

PABLO: ¿Desvarías? Debe de ser el hambre que te hace delirar. Eva, por favor, acabaremos haciéndonos daño, suelta las tijeras. ¡Tendrás un pelo precioso cuando esté limpio!

EVA: Siempre he tenido el pelo corto. Nunca me ha gustado tenerlo largo. ¿Comprendes?

PABLO: No comprendo. Además, me encuentro fatal, déjalo ya, por favor. A mí me gustas más ahora. ¿A qué viene eso de cortarte el pelo en este momento?

EVA: No lo sé. Llevo un rato que no sé muy bien lo que hago, ni por qué lo hago. Pero eso ahora no importa no importa porque todo acabó.

PABLO: ¿Qué dices?

EVA ríe otra vez y juguetea con las tijeras, intentado provocar a PABLO.

EVA: Así que te gusto más ahora, ¿eh? ¡Qué suerte tienes! Mucho mejor para ti porque no tiene solución.

PABLO: Si llego a darme cuenta ayer de lo loca que estás no me hubiera quedado contigo. ¡Dame esas tijeras!

EVA: Quítamelas...

PABLO: No puedo, ¿no ves que estoy enfermo y tengo fiebre...? Pero si tú quieres lo intentaré.

EVA: ¡Excusas, sólo excusas!

PABLO: Seguro que sí, pero siento como si la pierna me fuera a reventar.

A pesar de ello PABLO se ha arrastrado hacía EVA para, entrando en el juego, intentar arrebatarse las tijeras. Enseguida se hace daño y se encoge sujetando su pierna dolorida y se queda completamente abatido y exhausto. EVA acude cariñosa en su auxilio. Le limpia la frente sudorosa con la mano y le besa.

EVA: ¡Estás ardiendo! Déjame ver esa herida. Tiene mal aspecto. ¿Qué te pasó?

PABLO: Tengo una bala dentro. ¡Es la guerra! Pero no tiene importancia. Se curará sola y me quedaré con la pólvora en las manos de recuerdo.

EVA: Pues yo creo que necesita que te lo tomes más en serio. Supongo que sabes que se te puede gangrenar.

PABLO: Lo único que me preocupa en este momento es deshacerme de este uniforme. Ponerme ropa de abrigo y encontrar comida para los dos. En cuanto coma algo, mi pierna se pondrá tan feliz como yo y se curará sin más.

EVA: Preocúpate por esa herida que es más importante. El uniforme ya da igual, la guerra terminó. Sin embargo esa herida...

PABLO: ¿Qué?

EVA: ¡Que esa herida no está bien!

PABLO: No, antes, ¿qué dijiste antes?

EVA: Que ya no estamos en guerra.

PABLO: ¿Cómo?

EVA: *(Señala el suelo y las octavillas)* Parece ser que la guerra ha terminado. Ahora que de la comida o la ropa no dicen nada.

Él mira alrededor y parece no entender. EVA recoge un periódico del suelo y se lo tiende. PABLO lo coge y lee extrañado primero, con ansiedad después. Pasa las hojas, vuelve a leer. Besa el periódico. Abraza a EVA y, por unos instantes, parece mejorado.

PABLO; ¡Por fin! ¡Dios mío, por fin! Eres maravillosa. ¡Te quiero, te quiero, te quiero!

EVA: Yo no he sido...

Fallan las fuerzas de PABLO y ruedan por el suelo. Él sigue riendo, hecho un ovillo, agarrando su pierna herida. Ella se deshace del abrazo y va

recogiendo algunas de las octavillas que no están rotas, sin dejar de mirar al joven.

EVA: Dicen que volvamos a casa. Dicen que ya no debemos temer nada. Dicen que hay que luchar para reconstruir el país. Pero no dicen cómo hay que hacerlo, ni a qué casas debemos volver, ni cómo podremos sacarnos el miedo del cuerpo, ¡ni nada! Todo acaba como empezó y no me gusta...

Según hablaba ha ido dejando los panfletos junto a PABLO, ordenados primorosamente. Después se aleja muy estirada, sin parar de hablar entre suspiros y silencios.

EVA: No termino de entender qué nos quieren decir con todas esas palabras escritas. Tú eres un soldado, tienes que entender mejor que yo qué puede estar pasando, cómo están las cosas, que es lo que más nos conviene hacer... Tal vez yo desconfío demasiado de todo.

PABLO: Cálmate, ¿por qué estás tan nerviosa?

EVA: No sé por qué, pero estoy más aterrorizada que antes, había empezado a sentirme casi segura aquí y ahora no sé... ¿Qué voy a hacer? No entiendo por qué dicen que es peligroso quedarse... Podríamos quedarnos los dos juntos como pensamos ayer. Claro que apenas tenemos comida y esto no es una casa y supuestamente es mejor que volvamos a la ciudad... ¿Te parece que vayamos juntos?

PABLO: Yo no puedo volver aún.

EVA: ¡Vaya tontería! Al menos hasta que todo esté más claro el mensajero dijo...

PABLO: *(Cortándola)* ¡No puedo volver con este uniforme!

EVA: No entiendo por qué me chillas ahora. ¿Tú también estás nervioso? Buscaremos algo para que te cambies. Ahí tengo ropas y cosas.

PABLO: No puedo volver a nuestra ciudad, ¿es que no lo entiendes?

EVA: No, no lo entiendo.

PABLO: Me están buscando.

EVA: ¿Quiénes?

PABLO: El gobierno, los militares..., no sé.

EVA: No eres tan importante. Tendrán otras cosas que hacer ahora que la guerra ha terminado, digo yo. Además, te alistaste voluntario, así que ya no pertenecerás ni al ejército.

PABLO: No es tan sencillo. Cometí un delito, tendría que enfrentarme a un juicio militar. Tengo que conseguir que me den por muerto y asumir otra identidad.

EVA: ¿Todo ese lío por desertar...?

PABLO: No puedo dejar que me identifiquen.

EVA: Ya veo que la noticia te ha afectado más que a mí, por lo tanto ahora que he recobrado la calma tomaré las decisiones por los dos. Supongo que realmente lo mejor es volver... En la ciudad seguramente estarán organizando los víveres y repartiendo comida, ¡pienso estar comiendo horas y horas sin parar! ¡Y dormiremos en camas! Ya no recuerdo lo que se siente durmiendo entre sábanas... ¡Y mantas! ¡Muchas mantas!

PABLO: No puedo volver así.

EVA: No tengas miedo, es lo mejor que podemos hacer.

PABLO: Me condenarán a muerte.

EVA: ¡Que exagerado eres! Todo se arreglará, ya lo verás, además, esa pierna tuya no tiene buena pinta, tiene que verte un médico... ¡También habrán organizado un servicio de atención a los heridos! ¡Todo va a funcionar de nuevo, ya lo verás!

PABLO: No tengo escapatoria.

EVA: ¡Yo me voy, contigo o sin ti!

PABLO: ¡Maté a mi capitán!

EVA: ¿Mataste a tu capitán? ¿Por qué?

PABLO: Es una larga historia.

EVA: ¿No tenías bastante con matar enemigos?

PABLO: Las cosas en el frente no son tan sencillas.

EVA: En ningún sitio lo han sido. Lo sé perfectamente.

PABLO: Tienes que ayudarme, Eva, ¡vendrán por mí!

EVA: ¿Qué puedo hacer yo?

PABLO: ¡Me harán pagar mi osadía!

EVA: ¡No quiero líos de otros, bastante tengo con los míos! Yo tampoco estoy segura, ¿cómo quieres que piense en ayudarte? ¡Entiéndetelas tú solo con el ejército, no quiero saber nada de uniformes el resto de mi vida!

PABLO: Hace un momento querías volver a ser una niña. ¡Soy tu amigo Pablo! ¿Recuerdas?

EVA: ¡Y a mí que me importa!

EVA coge con rabia su mochila. Pasea de un lado a otro a grandes zancadas. Topa con las banderas y las aparta a patadas. De un manotazo desbarata las octavillas que antes colocó.

PABLO: Ya veo lo que han hecho contigo.

EVA: *(Tirando la mochila al suelo)* ¡No me fastidies más!, ¿por qué lo hiciste?

PABLO: ¿Qué importa eso ahora?

EVA: A mí me importa. Me importa entender algo de todo este lío de mierda. Quiero saber quién eres ahora. Los últimos años los he vivido rodeada de muertos, pero no por eso no me he acostumbrado. Necesito saber que no eres un asesino. ¿Por qué mataste a tu capitán?

PABLO: Tuve que hacerlo. Violó a una chica muy joven, mientras yo, obligado por él, la sujetaba. Me dijo a continuación que lo hiciera yo, jadeaba y le pesaba la lengua al hablar porque estaba muy borracho. Colocándose los pantalones me dijo: "- Chaval, es toda tuya. ¡Menuda perra está hecha! ¡Tíratela, lo está deseando!, ¿no lo ves? Yo le sujetaré las manos, y los dientes si hace falta, si fuera necesario se los hago saltar de la boca..."

Mientras lo decía desencajó la mandíbula de la niña para meter la pistola entre sus labios y ella apenas lanzó un gemido. Yo no quería hacerlo... No pude hacerlo... Me golpeó insultándome. Vomité y me volví contra él... En la pelea la pistola se disparó dos veces: La primera bala alcanzó mi pierna, la otra le reventó el corazón. Estaba muerto y yo era el culpable. Huí de allí

tan rápido como me permitió la herida. No me preguntes qué fue de la muchacha ni cómo llegué hasta aquí, porque no lo sé...

Larga pausa. EVA se acerca a PABLO y le acaricia el pelo tímidamente.

EVA: Perdóname por obligarte a recordarlo. Hiciste lo que tenías que hacer.

PABLO: No pude evitarlo.

EVA: Calla.

EVA le besa con dulzura en los labios.

EVA: Se lo merecía. La gente así no tiene derecho ni siquiera a nacer. La lástima es que no sufrió.

PABLO: Si sufrió... Buscaba la muerte, la necesitaba. Siempre bebía sin parar. De la mañana a la noche estaba borracho. En los pocos momentos de lucidez que tenía era un hombre educado, culto, bastante amable, aunque terriblemente triste. Cuando estaba ebrio se convertía en una especie de monstruo, agresivo y cruel.

EVA le toma en sus brazos, sentándose en el suelo, junto a él; acunándole y acunándose.

PABLO: ¿Me comprendes, Eva? No fue premeditado, era mi capitán y mi amigo, pero ella no tenía ninguna culpa aunque fuera del bando enemigo.

EVA: Ssssss, tranquilo, no pienses más en ello, las cosas pasaron así... Ahora ya no importa nada de eso... Mi padre desapareció antes de que

todo comenzara. A las dos semanas de búsqueda e incertidumbre dos hombres aparecieron en casa, arrastraron a mi madre hasta una habitación y cerraron la puerta. Extrañados mis dos hermanos pequeños y yo nos acercamos a escuchar, a mirar por el ojo de la cerradura, por la rendija del suelo... Vimos como apuntaban a la cabeza de mi madre con una pistola y comenzamos a dar patadas y puñetazos en aquella puerta, gritando desesperados, pero cuando aquella maldita puerta se abrió ya nada se podía hacer. Después nos sacaron a empujones de nuestra casa y nos separaron. No he vuelto a saber nada de ninguno. De mí se hizo cargo el individuo que parecía estar al mando, para entregarme como botín de guerra a su mujer, pero cambió de opinión y decidió que antes disfrutaría del regalo a su antojo durante un tiempo... Antes de que terminara con mi vida tuve que terminar yo con la suya. Enseguida supe que tenía que matarlo para seguir viviendo y no sólo por mí..., aun tardé más de cinco meses en conseguirlo. Puedes estar bien seguro de que no fue un accidente y que intenté devolverle todo el daño que nos había hecho, aunque también sabía que eso era imposible e inservible...

Ahora están abrazados muy fuerte los dos, parecen más pequeños. Sopla un viento alrededor que esparce las hojas de papel. Se aprietan más el uno contra el otro, como queriendo ocupar el menor espacio posible. Suenan marchas militares. Un ejército se acerca, oímos sus discursos. Poco a poco deshacen el abrazo. EVA ayuda a PABLO a levantarse.

EVA: Pablo, tenemos que irnos. ¿Oyes lo mismo que yo? Ya vienen, llegan haciendo sonar sus trompetas triunfales y lanzando al viento sus proclamas... Este camino va a convertirse en paso obligado para gente de todo tipo y está claro que no nos va a quedar otro remedio que levantar el vuelo. Ya pensaremos algo para escamotearlos y sobrevivir, no te preocupes. Tengo muchos recursos.

PABLO: Ya veo que has tenido que hacerte demasiado fuerte...

EVA: Podemos hacernos pasar por un matrimonio y nadie te reconocerá.

PABLO: Somos demasiado jóvenes.

EVA: ¿Tú crees...?

PABLO: Aunque también podemos parecer mayores.

EVA: Desde luego tú con esa pierna hecha polvo pareces un viejo.

PABLO: ¡Vaya! Y tú, ¿qué pareces?, con ese uniforme raquítico.

EVA: Tengo por ahí otros disfraces que meteré en la mochila, nos iremos cambiando por el camino, hay que ponerse en marcha y andar sin rumbo.

PABLO: ¡Claro que sí!

EVA: Lo más importante ahora es bajarte la fiebre y curar esa herida.

PABLO: Nada me preocupará mientras tú sigas conmigo.

EVA: En este momento no hay nada que desee menos que perderte de vista, aunque sólo digas tonterías.

PABLO: Tú sí que no paras de decir tonterías.

Han ido recogiendo sus cosas, guardado sus ropas y aparejos en las mochilas, se las han cargado todas y han comenzado a andar hacia el fondo, donde se empieza a divisar una ciudad en ruinas. PABLO lo hace con

mucha dificultad. Se le caen algunos de los bártulos que lleva, EVA los recoge y los carga. Avanzan lentamente. A PABLO le es muy penoso el trayecto, arrastra la pierna y la bicicleta. En el camino les vemos liberarse de algunas cosas menos útiles. En un momento dado, PABLO, pierde ligeramente el equilibrio. Ella le ayuda apoyándole en su hombro. Siguen dejando a su paso un reguero de cosas que no pueden llevar. EVA intenta convencer a PABLO de que suelte la bicicleta, pero él se niega testarudamente. De repente él cae al suelo y ella le levanta y carga por completo con él, viéndose obligada a deshacerse de casi todos los bártulos para llevar la bicicleta que él se niega a abandonar. Siguen avanzando mientras vuelven varias veces la cabeza atrás. Finalmente la bicicleta rueda hacia abajo, cayendo hasta el patio de butacas. Por fin les vemos desaparecer en el horizonte. La bicicleta se destrozará al caer.

Escena VII

El sonido ensordecedor de los discursos y peroratas de un ejército que se acerca vencedor invaden la escena, acompañados de un coro de trompetas, tambores y salvas triunfales. Mientras, baja el telón.

FIN